

La Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad de Marchena. Cultos y piedad popular en el siglo XVII.

Vicente Henares Paque

Summary: Over the centuries, the citizens of Marchena (a town 60 km south of Seville, Spain) have gathered in brotherhoods or confraternities in order to venerate the Virgin Mary with special devotions and with painted or sculpted images of her. The local cult surrounding the image of Our Lady of Solitude is particularly noteworthy, being the oldest documented Marian image in the Holy Week celebrations in the entire province of Seville and, without a doubt, one of the most ancient in all of Andalusia. The brotherhood charged with the care of this image was founded in 1567 under the protection of the dukes of Arcos who, over the centuries, have held the title of “Hermano Mayor” (first, or oldest brother) in the confraternity. This article offers a brief overview of the cult and confraternity of Our Lady of Solitude in Marchena and then outlines the confraternity’s participation in the processions organized on Good Friday and on the Feast of the Birth of the Virgin (8 Sept.).

Según Manuel Trens, fue la complacencia de la piedad popular en los dolores de María, que ya había originado los temas de la Virgen de los Dolores y de la Piedad, la que impulsó también el de la Soledad. En los orígenes de este nuevo asunto se encuentra la creencia de que la Virgen, entre la consumación de la Pasión y la Resurrección vivió retirada, en completa soledad, en un lugar próximo al Calvario, donde, posteriormente, se erigiría una capilla en recuerdo de la Estación de María.¹ Siglos más tarde, los peregrinos a su vuelta de Tierra Santa, relataban las emociones experimentadas en aquel lugar donde vivió la Virgen la desolación del duelo. Así, paulatinamente, esta devoción se fue arraigando y expandiendo por Europa y, ya en el siglo XIII, el arte comenzó a representar a la Virgen en Soledad, rememorando los sufrimientos que le habían afligido en aquellos tres días inacabables.

La contemplación de la Soledad de María ha conmovido profundamente la inspiración de los artistas y un hondo respeto ha embargado las gubias de los escultores, para no turbar el mortal silencio que sella sus labios. Desde las primeras representaciones del *Speculum humanae salvationis*, de época medieval, pasando por las desgarradoras expresiones del arte hispano-flamenco, hasta la elocuente imaginería policroma del siglo de oro español, el tema de la Soledad de María ha ido configurándose, primero como Virgen llorosa, rodeada de los gozos y sufrimientos de Cristo; luego acompañada de San Juan; y por último, sola al pie de la Cruz, con las manos juntas y los ojos arrasados en lágrimas. A veces con la mirada baja, desolada y abatida. Otras, en súplica esperanzada.

1 Trens, *María*, 233.

Imagen y hermandad

En el año 1570, Gil Muñoz, vecino de Marchena, contrataba con el escultor afincado en Sevilla, Gaspar del Águila, la hechura de una imagen de la Virgen para vestir. Unos años antes, en el 1567, se había fundado en la iglesia palaciega de Santa María de la Mota la cofradía que hasta el día de hoy le rinde culto público, llamada en su origen “Hermandad y cofradía del Traspaso y Soledad de Nuestra Señora”, y cuyo establecimiento debe enmarcarse en el contexto general de fundaciones de hermandades post-tridentinas de esta advocación, que refiriéndonos al arzobispado de Sevilla, abarcarían masivamente el periodo comprendido entre la segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVII.

Muy pronto amplió esta cofradía su nómina de imágenes titulares adquiriendo también una escultura de Cristo muerto. Sin embargo, desde su llegada a Marchena, la imagen de la Virgen de la Soledad despierta un intenso fervor en el vecindario, que acrisola la devoción hacia la imagen cristológica que por aquel entonces poseía la hermandad, polarizando en este templo de Santa María de la Mota, ya de por sí y desde su establecimiento centro de piedad mariana, la devoción local hacia la Virgen de la Dolorosa. Una muestra del alcance de su devoción es el hecho de que además de los hermanos de la cofradía, fueran numerosísimos los devotos que en sus testamentos y codicilos manifestaran la voluntad de que fuera sepultado su cuerpo y se aplicaran misas por su alma en la capilla y altar de Ntra. Sra. de la Soledad.

Desde un punto de vista global, el siglo XVII sería fundamental para estas asociaciones de fieles, debido al impulso que les proporcionó el Concilio Tridentino y las nuevas corrientes derivadas de la Contrarreforma y el Barroco. Pero para esta cofradía de la Soledad, como se le conocía y conoce popularmente a esta corporación penitencial, resultaría particularmente esencial. En él se acabó de construir su capilla, creció desmesuradamente el número de sus cofrades, sus cultos alcanzaron una solemnidad asombrosa y su procesión del Viernes Santo, se podría catalogar, sin ninguna duda, como la más completa y diversificada de todas las marcheneras durante esta centuria.

Siempre marcó su trayectoria vital la presencia de los Duques de Arcos, bienhechores importantes de la cofradía. No habrá ninguna empresa de relieve que emprenda esta corporación durante el siglo XVII, en que no aparezcan considerables donativos en metálico por parte de los Señores de Marchena. No en vano, la iglesia de Santa María de la Mota, estaba ubicada dentro del recinto palaciego de los Ponce de León.

La Procesión del Viernes Santo

El culto principal de la hermandad lo constituía la procesión penitencial de la tarde del Viernes Santo y los actos en torno a ella. Hasta los primeros años del siglo XVII se estuvo celebrando, en los momentos previos a la salida procesional, la conocida como “Función del Descendimiento”, una ceremonia mezcla de predicación y escenificación paralitúrgica, en el transcurso de la cual se procedía a desclavar

una imagen articulada del Crucificado y a depositarla en las parihuelas donde posteriormente saldría procesionalmente como yacente.

En este auto también participaba la imagen de la Virgen de la Soledad como un actor más de la propia representación que, montada sobre unas sencillas parihuelas, era trasladada de un lado para otro, siguiendo el guión proclamado por el predicador, cuya intervención, que seguía un esquema prefijado de ritmo ascendente, iba caldeando el ambiente que cada vez se tornaba más patético, creciendo tanto en emotividad como en teatralidad. La elocuencia del predicador se une a la efectividad estética y emocional de la representación. Los fieles seguían absortos el desarrollo de la función como si se tratara del mismo entierro de Cristo y se encontraran en el Monte Calvario.

Cuando el predicador nombraba a José de Arimatea y Nicodemo, salían a escena dos sacerdotes revestidos con albas y estolas negras, quienes arrimaban una escalera para ascender a lo alto de la cruz. Quitaban la corona de espinas a la imagen del Señor y se la entregaban a otro sacerdote que para tal menester esperaba bajo las escaleras y la colocaba a los pies de la Virgen, así como los clavos y el sudario con que se bajaba la imagen del Hijo muerto, que se asía a sus manos.

La Función del Descendimiento se estuvo celebrando hasta el año 1604, en que fue prohibido este tipo de representaciones por las disposiciones sinodales del Cardenal Niño de Guevara, ocupando su lugar el “Sermón de la Pasión”, estipulado en sus estatutos, pero relegado mientras se estuvo llevando a cabo este popular acto del Descendimiento.

Una vez finalizados estos actos de piedad, daba comienzo la procesión propiamente dicha. El cortejo se componía de cofrades de sangre y de luz, y varios pasos. Tras las parihuelas del Cristo yacente, San Juan Evangelista y las Santas Mujeres, cerraba el cortejo, seguidas del clero secular, las sencillas andas que portaban la imagen de la Virgen, y a la que se añadirían en el año 1613 el palio de respeto.² De igual modo, a finales de siglo, se completaría también el paso procesional con el que será hasta la actualidad su elemento iconológico más característico: la ráfaga o resplandor.

La Semana Santa se cerraba con la procesión y función de la Resurrección, también organizada por esta cofradía. Y es que las cofradías de la Soledad, a pesar de su patetismo, no sólo no han oscurecido el sentido del Misterio Pascual de Cristo, sino que han fomentado la esperanza sembrada en el dolor de María, celebrando con alegría desbordada la Resurrección.

Era una celebración festiva y jubilosa, en que la imagen de la Virgen de la Soledad, revestida con un atuendo de color blanco, esperaba en la iglesia de Santa María de la Mota la llegada del cortejo que se dirigía desde la Parroquia de San Juan Bautista, con la imagen del Señor Resucitado, que, unos días antes, había sido llevada por miembros de la hermandad. Una vez había llegado la comitiva a Santa María daba comienzo la jubilosa Misa de Pascua, la conocida como “Función de la Resurrección”.

2 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 87r.

La Fiesta de Septiembre

Si bien la estación de penitencia y cultos celebrados en Semana Santa y su entorno, constituyen los actos religiosos más importantes de la cofradía, circunstancia lógica en una hermandad de raigambre puramente pasionista, ésta también celebraba anualmente, además de otras de carácter extraordinario, una fiesta cargada de gran solemnidad instituida y reflejada en sus Reglas, la conocida como “fiesta general de Ntra. Sra.”, también llamada “fiesta de Septiembre”, celebrada en honor de su titular la Virgen de la Soledad, que tenía lugar el 8 de este mes, solemnidad de la Natividad de Ntra. Sra.; considerada entonces, y ya desde el siglo X, como una de las cinco fiestas marianas más importante del calendario litúrgico, marcada de precepto, entre otros, en los sínodos hispalenses de 1512 y 1604.

Los preparativos de esta fiesta, dedicada y destinada por entero a la Virgen de la Soledad, daban comienzo unos días antes de su celebración. Lo primero era “poner el dosel y colgar la capilla”³ cubriéndose sus paredes con tapices y cuadros, labor para la que se contrataba un “repostero”.⁴

Las celebraciones comenzaban la víspera de la fiesta. A la puesta de sol, varios músicos, pagados por la hermandad, hacían sonar sus “trompetas en la torre [de la iglesia] la víspera y fiesta de septiembre”.⁵ Desde este mismo lugar cuando llegaba la noche, comenzaban las luminarias y “se lanzaban ... ruedas, cohetes e invenciones”.⁶ Los festejos y celebraciones se trasladaban a la Plaza del Cabildo, centro neurálgico de la villa, donde de nuevo hacían su aparición los fuegos de artificio y luminarias en las fachadas de las viviendas colindantes. Mientras, tenía lugar en el templo de Santa María de la Mota una vigilia que duraba hasta bien entrada la madrugada.

El día de fiesta, al alba, se distribuían plantas aromáticas por las calles y plazas donde había de discurrir la procesión con la imagen de la Virgen, ordinariamente “un carro de arrayán”⁷ o “juncia”.⁸ A primeras horas de la mañana comenzaba en la iglesia palatina una misa solemne a la que asistían los cofrades, autoridades locales, y buena parte del pueblo. A la ceremonia, que era oficiada por miembros del clero pertenecientes a la Parroquia Matriz de San Juan Bautista, era invitado un predicador, miembro de una de las órdenes religiosas establecidas en la villa. Después de la ceremonia, tenía lugar la procesión. En ella participaban los cofrades y devotos, representaciones de religiosos, ministriles, y la capilla de música acompañada de un elemento peculiar “las danzas de gitanos”,⁹ que precedían las andas de la Virgen de la Soledad, acompañada, al igual que la “Seña” de la hermandad, por cuatro cofrades con hachas. Tras las andas de la Virgen que eran portadas por cofrades, y

3 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 74r.

4 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 69r.

5 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 86v.

6 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 74v.

7 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 153r.

8 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 184r.

9 APSJB, Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad, f. 74r.

cerrando el cortejo, aparecía el tramo del clero secular, formado ordinariamente por doce miembros revestidos con capas, encabezado por la Cruz Parroquial que era portada por un “mozo de cinta”.

En los orígenes de esta corporación, y así se recoge en sus estatutos, la fiesta principal tributada a la Virgen de la Soledad tenía lugar en agosto, en el día de la solemnidad de la Asunción de Ntra. Sra. El Capítulo XVIII de sus Reglas era tajante: “Hordenamos y mandamos y tenemos por bien que se celebre vna fiesta en cada vn año, para siempre jamás, el día de Nuestra Señora de agosto lo más solemne que pudiéramos”.¹⁰ Desconocemos cuales fueron los motivos del cambio, tal vez la búsqueda de un tiempo en que los trabajadores del campo, el colectivo entonces más numeroso de la villa, hubiera acabado la recolección, y así pudiera participar más activamente en las celebraciones. Otra razón, bien pudiera ser, el intento de desencuentro con la conocida como “fiesta de agosto”, que desde bastantes años atrás se celebraba en la misma iglesia de Santa María de la Mota esa misma jornada, sufragada por los propios del Hospital de la Misericordia. Lo cierto, es que, fuera por uno u otro motivo su cambio de fecha, frente a la austeridad de la procesión y cultos pasionistas, aparecían la alegría y festejos desbordados de esta fiesta letífica en la que se conjugaban todos los elementos comunes de la fiesta barroca: misa solemne, procesión, fuegos de artificio, música, bailes y corridas de toros.

Además de lo descrito, muy escasos fueron los años en que los cofrades de la hermandad de la Soledad no organizaron o participaron activamente—a veces completando su presencia con la imagen de la Virgen—en alguno de los numerosos actos culturales y procesiones extraordinarias que tenían lugar en la villa, atendiendo a múltiples razones. Fiestas de canonización, concesiones pontificias a favor de la Inmaculada Concepción, rogativas, victorias bélicas, nacimientos en la Casa Real o en la familia de Arcos ... eran motivos suficientes para organizar cultos y celebraciones, siempre cargadas de los obligados, y esperados por el pueblo, componentes de la fiesta barroca.

La conservación de un Libro de Cuentas de esta hermandad, que abarca el periodo comprendido entre los años 1609 y 1654, nos ha proporcionado y permitido conocer incontables datos y numerosos detalles sobre la hermandad, cultos y piedad popular hacia Nuestra Señora de la Soledad durante el siglo XVII, una imagen, cuya existencia ha estado a lo largo de siglos estrechamente vinculada a la historia y devenir existencial de la propia villa de Marchena. Sus anales han estado continuamente tan salpicados de noticias, celebraciones y actos consecuencia de esta devoción, que ambos se han fundido en una misma materia.

Asociación para el Estudio de la Semana Santa
Zaragoza (España)

10 AGAS, “*Marchena, 1672*”. s.f.

Bibliografía de Obras Citadas

Obras manuscritas

Marchena, Archivo Parroquial de San Juan Bautista (APSB).

Libro de cuentas de la hermandad de la Soledad. 1609–1654.

Sevilla. Archivo General del Arzobispado de Sevilla (AGAS)

Sección: III (Justicia), Serie: Hermandades. Leg. 158. “Marchena, 1672. Compulsas de las Reglas de las Cofradías de las Benditas Animas del Purgatorio y de Penitencia sitas en las iglesias de Marchena”.

Obras impresas

Trens, Manuel B. . *María. Iconografía de la Virgen en el Arte Español*. Madrid: Editorial Plus-Ultra, 1947.



Figura 1: Gaspar del Águila, Nuestra Señora de la Soledad, 1574



Figura 2: José Antonio de Loarte, “Vara del Rector”, 1686 (detalle)



Figura 3: Libro de Profesiones del Convento de San Andrés of Marchena, siglo XVIII (detalle)



Figure 4: *Nuestra Señora de la Soledad, fotografía de finales del siglo XIX*



Figure 5: *Nuestra Señora de la Soledad de Marchena en su paso procesional*